

BOLÍVAR, IMAGINARIO SOCIAL

Mora, Pascual

Universidad de Los Andes

Táchira - Venezuela

*“La religión católica ha podido aspirar a más.
Esto es, aspirar a que el sentido de lo que
significa ser humano fuese equidistante
con el llegar a ser cristiano y viceversa.
Pero en Venezuela en este sentido,
el catolicismo ha logrado
menos que el bolivarianismo”.*
(Castro Leiva. 1991)

Resumen

El presente ensayo intenta pensar la figura de Bolívar a partir de las categorías de imaginario político, y su imagen como símbolo revolucionario. Tal propósito busca responder la interrogante de cómo el discurso bolivariano construyó históricamente las representaciones que son utilizadas actualmente para un proyecto político, y cómo lograron fijarse éstas en la mentalidad y creencias de los venezolanos. Las representaciones en tanto formas de aprehensión de la realidad nos permiten hacer una radiografía del espectro político y social. En ese sentido, nos acercamos modestamente al estudio de lo social, con un sentido interdisciplinario; de la historia de las mentalidades a la antropología, de la filosofía a los imaginarios; con el fin de hurgar en la patología social.

Palabras Claves: imaginarios, representaciones sociales, símbolos, mentalidad.

Abstract

In the present essay the figure of Bolívar is analyzed, taking in to account the characteristics of the imaginary political, and his image as a revolutionary symbol. The main purpose, is trying to answer

the question of how the Bolivarian discourse historically built the representations which are used today for a political project, and now those were fixed in the mentality and beliefs of the Venezuelan people. The representations as for as forms of apprehension of reality allow us to have a picture of the political and social spectrum. In that direction, we modestly approach to a social study in an interdisciplinary sense, from the history of mentalities to anthropology, from philosophy to the imaginary, and thus inquire about social pathology.

Key words: Imaginary, social representations symbols, mentality.

El título del trabajo no es casual. De verdad que nos hemos ceñido al sentido académico del término: intentamos en consecuencia una aproximación al estudio de las representaciones colectivas, de las maneras de pensar, de creer, de imaginar de la sociedad venezolana a partir del mito fundacional del bolivarianismo. Y esto de aproximarnos, porque el campo ha sido poco transitado, sobre todo si tenemos en cuenta la complejidad discursiva generada durante las últimas tres décadas por disciplinas que van desde la semiótica, el estructuralismo, el post-estructuralismo, la teoría y análisis del discurso, la *nouvelle histoire*, la lingüística, el psicoanálisis, la historia de las mentalidades y de las representaciones, y porque no la historia de los fantasmas y símbolos colectivos.

Igualmente tomaremos como sustrato epistemológico los planteamientos de sociólogos, historiadores, filósofos, antropólogos, y psicoanalistas; sobre todo los que han construido las bases para la historia de los imaginarios sociales. Poco serio sería de nuestra parte pretender ofrecer resultados concluyentes. Tampoco entonaremos himnos comunes que reclaman el rescate de la memoria colectiva; buscamos más bien recrear la memoria, indagar la memoria, develar la memoria, desnudar la memoria; “*se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres*”. (*Le Goff, 1991:183*)

El presente ensayo intenta pensar en la figura de Bolívar a partir de las categorías de imaginario político, y su imagen como símbolo revolucionario. Tal propósito busca responder la interrogante de cómo el discurso bolivariano construyó históricamente las representaciones que son utilizadas actualmente para un proyecto político, y cómo lograron fijarse éstas en la mentalidad y creencias de los venezolanos. No se infieren consecuencias ni juicios de valor

respecto al presente gobierno, nos interesa es analizar el fenómeno en tanto imaginario político. El problema de la efectividad, eficacia y eficiencia es materia para otra oportunidad.

I. El concepto de imaginario político.

Como habíamos alertado, en este abordaje se combinan disciplinas diversas, pero de fondo común. El análisis de los imaginarios sociales no es un tema nada novedoso al interno de las Ciencias Sociales, solamente recordemos los trabajos de Malrieux, Ph. (1967); Castoriadis, C. (1975), Duby, G. (1978); Bacsko, B. (1984); Le Goff, J. (1991); Halbwachs, M. (1994); Durand, G. (2000); y en esta misma dirección los trabajos de Dumezil; Bachelard; Mircea Eliade; Jung y el Círculo de Eranos. Además de los nuestros, v. gr: López Pedraza, Briceño Guerrero, y Clarac de Briceño.

La introducción del término imaginario en las Ciencias Sociales se atribuye, (cfr. Dávila, 1992) a Jacques Lacan (Rome Report, 1953) quien distinguía tres niveles fundamentales en la mente humana: imaginario, simbólico, y real. Sin embargo, en nuestra opinión debemos tener en cuenta que el imaginario como concepto se nutrió de diversos enfoques; por eso tiene un sentido polisémico. Durante mucho tiempo se confundió imaginario con ficciones. A partir del trabajo de Gilbert Durand (1960) *Las Estructuras Antropológicas de lo imaginario*, el término imaginario representa, mucho más ampliamente, el conjunto de imágenes mentales y visuales, organizadas por un individuo, una sociedad, una comunidad, un pueblo; todos expresamos simbólicamente nuestros valores existenciales.

El concepto de imaginario tendríamos que decantarlo del análisis de la memoria (Halbwachs, 1994), de la memoria colectiva (Bloch, 1994), del utillaje mental (Febvre, 1993), de las formas simbólicas (Cassirer, 1972), y sus respectivas memorias o mentalidades: la memoria religiosa, la memoria familiar, la memoria nacional, la memoria regional, la memoria de nuestros pueblos, la memoria de nuestros ritos y fiestas; en fin no puede abordarse en forma plana (Le Goff, J., Nora, P., 1980).

Fernand Braudel (1978) también se pregunta por la ambigüedad del término:

¿Psiquismo colectivo, tomas de conciencia, mentalidad o utillaje mental?. Un historiador, gran especialista en estos temas, Alphonse

Dupront, prefería utilizar la palabra psiquismo. Toma de conciencia sólo alude a un modelo dado a estas evoluciones (generalmente, el final de las mismas). Mentalidad resulta evidentemente más cómodo. Pero Lucien Febvre, en su admirable libro, *Rabelais*, opta por emplear la expresión de utillaje mental. (Braudel, 1978:32)

La complejidad del debate nos recuerda que la historia del concepto se remonta a los predecesores, al respecto recordamos el concepto de mentalidad primitiva en Lucien Levy Bruhl (1922); memoria en Maurice Halbwachs (1925); mentalidad infantil en Jean Piaget (1928); psicología social en Charles Blondel (1928).

En ese sentido el estudio del imaginario está emparentado con la mentalidad, con la historia lenta de nuestras sociedades; un imaginario no se crea de la noche a la mañana:

(...) porque lo imaginario del hombre, es decir los mitos y símbolos, viven de manera autónoma, transindividual, desarrollándose independientemente de los proyectos y de las decisiones de los hombres. (Gilbert, 2000:12).

La Historia de los imaginarios es también la historia de la lentitud en la historia. Por eso los imaginarios son los últimos que cambian, están sembrados en nuestras costumbres, hábitos, tradiciones, en las comidas y bebidas, está en la vida y en la muerte, en el odio, y en el amor, en los tiempos catárticos (Vovelle, 1998): lo apolíneo y lo dionisiaco.

II. El imaginario político bolivariano.

Pasemos ahora el tema que nos ocupa: ¿Qué estamos pensando cuando hablamos del Imaginario Político Bolivariano? En principio nos estamos refiriendo a las formas de representación de la figura de Bolívar en el “utillaje mental” del venezolano, a la forma de cómo Bolívar está interiorizado en el inconsciente colectivo venezolano, a la forma de cómo Bolívar es parte de la mentalidad venezolana, a la forma de cómo Bolívar se constituyó en el mito fundacional de la nación.

Bolívar renace una vez más como imaginario “*en ese sentido no es el que murió en 1830 sino el que vive en el corazón de todos los venezolanos y latinoamericanos.*” (Mora-García, 2000:28). En el umbral del tercer milenio Bolívar sigue cabalgando en el espíritu del pueblo. Bolívar se nos sigue

manifestando en lluvia; llovió cuando nació a las tres de la madrugada del siglo diecisiete, llovió con la Independencia, y desde entonces no ha dejado de llover. Antenoche llovió de nuevo, para recordarnos con Pablo Neruda que “*Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo*”. (Neruda, 1976:87).

El Bolívar que habita en el imaginario colectivo es el que alimenta el imaginario político. Ese Bolívar al que el pueblo le canta, ese Bolívar que acompaña al pueblo en sus marchas, ese Bolívar que llora con el pueblo, ese Bolívar al que el pueblo le reza, ese Bolívar que se alegra con el pueblo, ese Bolívar que el pueblo lleva en procesión; ese Bolívar es el Bolívar que permite conectar al pueblo con el ideal político. Bolívar devenido en imaginario político es el héroe salvador que le devuelve la soberanía popular, es el héroe que le da mercados a precios solidarios, es el héroe que le crea una universidad para todos, es el héroe que alimenta la esperanza del pobre y del que sufre:

(...) no es que yo vaya al símbolo, es el símbolo el que me desencadena a mí, el que me inspira y me absorbe, el que me libera de mi pura reflexividad, y, en la medida misma en que yo me dejo llevar por el símbolo, el símbolo se hace real. (Panikkar, 1994:395).

Aquí opera la siguiente relación: yo creo el símbolo, acto seguido me someto al símbolo, y el símbolo termina determinando mis acciones.

El Bolívar imaginario social, como podemos ver, contiene también cargas perversas que ameritan de una cura psicoanalítica. La visión salvacionista en el inconsciente colectivo venezolano ha reforzado la cultura mesiánica, y convertido a Bolívar (inconscientemente) en el Papa Noel de los venezolanos; podríamos decir con López-Pedraza (2000), que la “cultura de piñata” que caracteriza a la cultura venezolana en parte descansa en una histeria hebefrénica, en donde se exagera la histeria de lo infantil. Queremos que el país funcione cual sueño Disneyland, o lo que la psicología junguiana llama la psicología de cuento de hadas; por eso nos emociona las soluciones temporales. El Bolívar imaginario social no es malo por ser, simplemente hay que decantar las cargas perversas de ese imaginario para crecer como pueblo.

Ningún pueblo ha realizado cambios en su historia sin interiorizarlos en su inconsciente colectivo, es decir, si no los ha fraguado con el cincel del tiempo y la constancia. En nuestro caso, siempre queremos que una mano

misteriosa nos transforme de la noche a la mañana, y lo que hemos encontrado es convertirnos en un pueblo antihistórico. Alimentamos en nuestros hijos no los valores que han consagrado a los pueblos grandes de la historia, sino a los pueblos fugaces; así pues, en vez de potenciar la paciencia y la tolerancia, invocamos constantemente la improvisación, lo momentáneo, y lo casual; lejos de dedicar largas horas en nuestros programas televisivos a invocar el trabajo como símbolo de la prosperidad de los pueblos nos vemos bombardeados por mensajes que invitan al juego, al azar, apostando a que la vida se modifica por un golpe de suerte. Es lo que Mario Briceño-Iragorry (1951) denominaba nuestra *Crisis de pueblo*, y que lograra definir magistralmente al declarar en La Hora Undécima (1956):

(...) no tenemos primer piso. Estamos montados al aire. Jamás símil más perfecto de nuestra realidad de pueblo y de nuestra específica realidad cultural. Nuestro País, en el plano de la interioridad, sigue siendo realmente lo que este estilo arquitectónico montado al aire (...) no tenemos primer piso.” (Briceño-Iragorry 1990:213)

Pero aclaremos, no es que como pueblo no tengamos utillaje mental, sino que la interioridad del pueblo venezolano ha sido manipulada; por eso nos aclara en el Noveno Tapiz (1934):

(...) la explicación de nuestro proceso evolutivo tiene una verdad, conforme ha venido hasta ahora enseñándose, mucho de magia blanca, y hasta de magia infernal; y no se dan cuenta los mismos que hablan en nombre de un sagrado patriotismo, de que, con el efectismo de su criterio teatral, concluyen por convertir en títeres a los Padres de la Patria. (Briceño-Iragorry, 1989:151)

La canalización del imaginario bolivariano ha tenido una intencionalidad histórica, casi podemos decir que ha sido planificado para dominar mejor a las masas, con la ignorancia se puede someter mejor, “*ignorancia muy bien inducida por claros intereses de dominación política que nos han hecho ahistóricos como colectividad.*” (Rojas, 1999:22).

Como quiera que sea, la noción de Bolívar imaginario social ha construido un tiempo antropológico para el venezolano; si los griegos tienen el tiempo antropológico signado por Homero; si los judíos tienen el tiempo antropológico signado por Abraham; los venezolanos tenemos el tiempo antropológico signado por Bolívar. Bolívar, devenido en imaginario político,

deambula en una performatividad de saberes. El Bolívar imaginario político habla el lenguaje del postmodernismo, no tiene fronteras ni limitaciones; todo le está permitido.

El imaginario al igual que la mentalidad colectiva, no se impone ni se decreta sino que se instaura en el tiempo de larga duración. Pero los imaginarios tienen una debilidad, son frágiles. Recordemos que no son precisamente productos de La Razón. El líder político busca conectarse sentimentalmente con la masa a través de sus imaginarios, y es handicap es puesto al servicio de su ideal. En Venezuela ha sido una constante, en el siglo XIX y el siglo XXI, en regímenes de facto o en democracia, en las izquierdas y en las derechas, en todos los sectores de la sociedad; Bolívar ha sido el comodín: lo fue para Guzmán Blanco, Juan Vicente Gómez, Pérez Jiménez; Carlos Andrés Pérez, y estelarmente ha sido encarnado por Hugo Chávez Frías. Todo fue bautizado con el epónimo bolivariano, desde la patria hasta las caraoatas, todo es bolivariano. Chávez ha devuelto a Bolívar a las masas, ha objetivado el símbolo.

La apelación a los imaginarios puede desbordar los niveles de racionalidad, los imaginarios son los últimos ladrillos con los que esta construido el edificio de la subjetividad; una vez liberados puede devenir el conflicto:

(...) el Bolívar imaginario social le permite al pueblo sublimar cargas inconscientes, a veces llenas de manifestaciones fanáticas (destructoras), que de otra manera terminarían desbocando al pueblo por el estado de frustración de nuestros gobiernos. Por eso Bolívar no es sólo un fetiche, sino que se convierte en una fuerza inconsciente que acompaña las transformaciones. (Mora-García, 2000:30)

Los imaginarios sociales son la parte más frágil del inconsciente colectivo. Cuando son manipulados debe tenerse en cuenta que esa conexión con el símbolo no es permanente, cuando termina el encanto, se puede desbocar. En ese momento aparecerá en el escenario el Duende y la Tragedia. (López-Pedraza, 2000) El Duende en la vida política venezolana se ha manifestado de muchas maneras. Desde el 18 de Octubre de 1945 el pueblo está en la calle. (Dávila, 1992) La presencia más aparatosa del Duende en la Venezuela Contemporánea fue el 27 de febrero de 1989, pero también lo fue

el 4 de febrero de 1992, el 27 de noviembre, y la más reciente el 11 de abril de 2002. El pueblo cada vez que pierde el encanto con el Mesías, se desconecta del símbolo y arremete.

El símbolo debe estar exento del manoseo público, so pena de destruirlo. Poseer el símbolo implicaría también acabarlo: *“si yo me acerco al símbolo, lo destruyo. Lo que sí puedo hacer es escuchar el símbolo, dejar que hable.”* (Panikkar, 1994: 395-396) Bolívar convertido en un símbolo *ligh*t, podría terminar paradójicamente en la destrucción. Por eso nos interesa es hablar del símbolo no poseerlo.

Bolívar ha dejado de ser el hombre que existió históricamente para convertirse en un género literario; Bolívar está en la plaza pública, pero también está en el altar junto a las imágenes religiosas: Bolívar ha pasado a formar parte de la imaginería del pueblo venezolano. Desde los puros habaneros llamados “Bolívar”, pasando por líneas de transporte público, bodegas, farmacias, barberías, monedas, y hasta una estrella que descubrió Theodor Flammarion, todos llevan el nombre Bolívar.

Bolívar es una metáfora, que enuncia paradigmáticamente el símbolo del ser venezolano. El pueblo se inspira en sus gestas guerreras pero también en su pensamiento, casi como poseído por el héroe, inspira procesos y anuncia transformaciones.

Bolívar en tanto símbolo de la venezolaneidad, transforma al pueblo en una fuerza telúrica, lo inspira y lo absorbe, lo libera del sometimiento, y, en esa medida se deja llevar por el símbolo. El símbolo se hace real. El sentido polisémico del símbolo nos convierte en constructores de los sentidos diferentes de la vida social. Todo símbolo tiene innumerables significados; el significado del símbolo deriva de nuestra participación en el propio símbolo. No debemos escandalizarnos por la carga perversa del símbolo que aglutina el Bolívar imaginario político, quizá la enfermedad sea al mismo tiempo la medicina: *“Quién sabe si tal o cual modo errático de existencia no es la profecía del hombre futuro? ¿Quién sabe si cierto grado de patología individual no es la condición del cambio social, en la medida en que ésta patología saca a luz las esclerosis de las instituciones muertas?. Para decirlo de manera más paradójica, ¿Quién sabe si la enfermedad es al mismo tiempo terapéutica?”* (Ricoeur, 1986:236).

III. Bolívar en el imaginario histórico.

El Bolívar imaginario social de alguna manera ha sido alimentado por la extensa bibliografía que se teje alrededor del culto bolivariano; por eso ingresa a la memoria del niño casi al nacer y se perpetúa durante toda su existencia. En ese sentido decimos que Bolívar está sembrado en el socalo de memoria venezolana; por eso “*no quedó enterrado en su tumba, sino sembrado en toda la tierra.*” (Briceño-Guerrero, 1983:10) Lo que los dioses del Olimpo para los griegos, Bolívar lo es para los venezolanos: “*ser bolivariano es igual a ser venezolano.*” (Castro Leiva, 1991:10).

La historiografía ha construido diversas vertientes del Bolívar imaginario político: en Fermín Toro (1960) encontramos la vertiente oficial del culto a Bolívar; en Juan Vicente González (1961) la tendencia conservadora y literaria; en Antonio Leocadio Guzmán (1961) la tendencia liberal radical. Hace algunos años algunos historiadores se avergonzaban de los trabajos de estos padres fundadores del imaginario político bolivariano, hoy tenemos que reconocer que fue un error; que potenciar a Bolívar como el símbolo de la venezolaneidad es lo mejor que nos ha podido pasar. Las grandes civilizaciones lograron trascender en el tiempo gracias a sus mitos fundacionales: símbolos, dioses, ritos, representaciones; en una palabra gracias a su imagería. Es claro que Bolívar ya no es el que él existió sino un producto social que ha dado origen a un mito fundacional: la nacionalidad venezolana, así “*la patria germinal habita en ese nivel del psiquismo colectivo donde anida la presencia innominada de Bolívar.*” (Briceño-Guerrero, 1983: 15) Es un mito fundacional que explica el mundo de cada venezolano, es el caudillo milagroso, pero al mismo tiempo es el compañero de viaje, el héroe y el santo. Bolívar hace presencia:

(...) cuando nuestra existencia se torna angustiada, cuando nuestros sueños se sienten amenazados por el adverso destino (...) entonces la figura de Bolívar, magnificada por su vida inaccesible y por su muerte sin paralelo, se ilumina en el horizonte para venir a comunicarnos la fuerza que nos falta. (Gabaldón Márquez, 1960:189-190).

La historiografía iconoclasta nos habla de la desacralización de Bolívar, desde El culto a Bolívar (Carrera Damas, 1973), De la Patria Boba a la teología Bolivariana (Castro Leiva, 1991), hasta el Bolívar Santo de Vestir

(Pino Iturrieta, 1999). Sin embargo, todos alimentan ya sea con su crítica o con su defensa la imaginería bolivariana. La tradición iconoclasta ha criticado con sorna la imagen del Bolívar imaginario, ridiculizando a Bolívar como figura central del “Olimpo criollo”. ¡Ojalá! Que tuviéramos un Olimpo criollo, seríamos más pueblo, tendríamos más conciencia de pertenencia a nuestras raíces históricas. ¿Por qué combatir un imaginario colectivo? Los imaginarios son creados por el pueblo, y Bolívar ya forma parte del cuerpo y del alma de cada venezolano. Bolívar es el cemento fundacional de la patria, aspecto que podemos encontrar en numerosos escritos en los que se plantea la figura de Bolívar como el mito fundacional de nuestra nacionalidad; Bolívar en ese sentido es el “*verbo encarnado de nuestra redención nacional*.” (Villavicencio, 1900. Citado por Carrera Damas, 1973)

La concepción de la historia de raigambre positivista se encargó de establecer prejuicios sobre las interpretaciones del Bolívar imaginario social, incluso se creyó que trabajos como el Catecismo de Historia de Venezuela de Antonia Esteller (1985), había servido para entorpecer las mentes, porque magnificaban la figura de Bolívar. En momentos en que la cultura globalizante busca desintegrar nuestras raíces fundadoras de la venezolaneidad es necesario apelar a nuestros imaginarios, y mitos fundacionales, so pena de quedarnos en una entelequia que nos aglutine en una masa amorfa que bien pudiéramos calificar como los “*sin patria*.” (Mora-García, 1997).

Cuando el pueblo viste a Bolívar para cada ocasión está simbólicamente estableciendo un contacto con el *Padre de la Patria*. Recientemente destacaba con asombro (Pino Iturrieta, 2001) que un *sholar* estadounidense había expresado: “*ustedes lo visten distinto para cada ceremonia y para cada necesidad*.” A lo que responde con vergüenza el historiador: “*nos vió como feligreses de un rito en cuyo centro permanece la figura fundamental de nuestra historia, y como manipuladores de un ícono cargado en procesión*.” (Pino Iturrieta, 1999:18)

En contrapartida, afirmo que justamente esa percepción del norteamericano debería hacernos sentir orgullosos de tener un imaginario social que una al pueblo, por lo menos lo poco que nos queda de pueblo. La advertencia permanente a combatir el culto a Bolívar hay que analizarla por lo menos en una doble perspectiva. En primer lugar, debería revisarse si el culto a Bolívar es un proceso que busca establecer una conexión enfermiza con el héroe, vale decir, que el héroe sustituya al objeto social real. Si fuera

así, entonces habría que combatirlo. Y pareciera que ésta es la interpretación que sistemáticamente es invocada por la oficialidad; ¿Acaso estamos siendo conducidos a comportamientos esquizofrénicos, en donde, no se distingue cuál es la personalidad cierta y definida?, debemos tener cuidado de no convertir las masas en tráfugas, so pena de caer en un cuadro esquizoide que en el pasado condujeron a pueblos al fascismo, al nacional socialismo, y a doctrinas que segregaron la diferencia y atacaron el principio vital de toda cultura: el respeto a la diversidad.

A manera de corolario. Apoyamos sí, el culto a Bolívar, pero aquel que conecta el símbolo con el pueblo, aquel que deviene imaginario social. Por eso hacer una apologética o una desacralización del culto a Bolívar a secas sería irresponsable. Todos los pueblos desde la antigüedad entraron en decadencia cuando sus símbolos fueron destruidos. Pero también existe el mismo riesgo cuando el símbolo es banalizado. Poner a Bolívar al alcance de la mano en el sentido *light* puede ser un riesgo, pues cuando el encanto se pierde también puede despecharse la identificación con el símbolo. Necesitamos al Bolívar imaginario social no solo para Venezuela sino para América Latina: en Martí se expresa como un líder partenal, en 1881, frente a la estatua manifestó emocionado “*que parecía que se movía, como un padre cuando se acerca a su hijo*” (Martí, 1972: 99); y en Sandino se expresa igualmente: “*Diga Ud., e Hispanoamérica que mientras Sandino aliente, la Independencia de Centroamérica tendrá un defensor. Jamás traicionaré mi causa. Por eso me llamo hijo de Bolívar.*” (Sandino, 1980:139). Debemos potenciar al Bolívar devenido en imaginario social, pero al mismo tiempo debemos deslastrarnos del complejo de Edipo de quienes apelan a la figura de Bolívar para invocar el regreso del padre. Necesitamos al Bolívar que quiere que nos realicemos en el mundo, y que conquistemos la revolución más grande que nos falta, la revolución cultural. Es la diferencia entre: “*un Bolívar para el pueblo y un Bolívar del pueblo*”. (Castro Leiva, 1991: 128).

Bibliografía:

- BRAUDEL, F. (1978) *Las Civilizaciones Actuales*.
- CARRERA Damas, G. (1973) *El Culto a Bolívar*. BUCV. Caracas

- CASTRO Leiva, L. (1991) *De la patria boba a la teología bolivariana*. Monte Avila: Caracas.
- PINO Iturrieta, E. (jul-ago. 1999) *Bolívar santo de vestir*. Revista Bigott. N° 50. Caracas.
- BRICEÑO Guerrero, J. M. (1983) *Recuerdo y respeto para el héroe nacional*. Azúl- Rectorado ULA. Mérida.
- GABALDÓN Márquez, J. (1960) *El Bolívar de Madariaga y otros bolívar*. Paraguachoa: Caracas.
- VILLAVICENCIO, R. (1900) *Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia*. El 23 de mayo de 1900.
- ESTELLER, A. (1885) *Catecismo de Historia de Venezuela, desde su descubrimiento hasta la muerte del Libertador*. Imprenta Editorial: Caracas.
- LE GOFF, J. (1991) *El Orden de la Memoria* (El tiempo como imaginario). Paidós: Barcelona.
- MORA García, J. Pascual. (Abril 1997) *Los sin patria: ¿una nueva organización mental de la nacionalidad?*. Revista Aldea/ Mundo, Año 1, N° 2. San Cristóbal.
- RICOEUR, P. (1986) *Du texte á l' action*. Seuil : París.
- TORO, F. (1960) *La Doctrina Conservadora*. (Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX. Vol. 1) Descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador Simón Bolívar en cumplimiento del decreto legislativo de 30 de abril de 1842. Presidencia de la República: Caracas.
- GONZÁLEZ, J.V. (1961) *La Doctrina Conservadora*. (Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX. Vol. 2 y 3. Mis exequias a Bolívar. Presidencia de la República: Caracas, 1961.
- GUZMAN, A.L. (1961) (1842, diciembre 17). *La Doctrina Liberal*. Vol. 5. Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX. (Carta de 1842, diciembre 17). Presidencia de la República: Caracas.
- KERENYI, K.; E. Neumann; G. Sholem y J. Hillman. (1994) *Arquetipos y símbolos colectivos*, Anthropos: Barcelona.

WERZ, N. (1995) *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*. Nueva Sociedad: Caracas.